

FRACASO ESCOLAR ADOLESCENTE: JAQUE A REYES

* Inmaculada Carrilero Aroca
** Rosa M^a Ortega Ruíz
*** Inmaculada Garay Reyes

ADOLESCENCIA. UNA VISIÓN SISTÉMICA

En el marco de las investigaciones realizadas con el programa Hippócrates, estamos atendiendo en nuestro Servicio a numerosas familias de adolescentes, que nos han sido derivados por los Institutos de Enseñanza Secundaria.

La demanda de intervención, tanto desde la familia como desde el centro educativo, apunta, en la mayoría de los casos, a cómo resolver el fracaso escolar del chico/a y a cómo “modificar” su comportamiento en el colegio o en el hogar. Esto implica que el adolescente ha sido previamente calificado como problemático, incluso como “paciente identificado” en algunos de estos contextos.

La primera actuación en nuestro abordaje terapéutico tendrá que ver con ampliar definición del problema que la familia hace, incluyendo en la misma la coparticipación del resto de sus miembros, como un primer paso en la búsqueda de soluciones.

*_Psicóloga Clínica. Terapeuta Familiar del Servicio de Atención a la Familia de la Excm. Diputación de Alicante, (España). Profesora colaboradora del Master Terapia de Familia y Sistemas de la Univ. Miguel Hernández, Elche (Alicante).

**_Psiquiatra. Terapeuta Familiar del Servicio de Atención a la Familia de la Excm. Diputación de Alicante, (España). Profesora colaboradora del Master Terapia de Familia y Sistemas de la Univ. Miguel Hernández, Elche (Alicante).

***_Trabajadora Social. Terapeuta Familiar del Servicio de Atención a la Familia de la Excm. Diputación de Alicante, (España). Profesora colaboradora del Master Terapia de Familia y Sistemas de la Univ. Miguel Hernández, Elche (Alicante).

El fundamento de esta intervención tiene que ver con nuestra consideración de la adolescencia, no sólo como parte del ciclo vital individual sino también familiar. Citando a Fishman, en su libro "Tratamiento de adolescentes con problemas", [*...Durante mucho tiempo, los problemas de los adolescentes se han considerado dificultades inherentes a esa etapa de la vida, y se han abordado desde un punto de vista individual o en grupo de iguales. La familia sólo era el escenario del desarrollo personal del niño. Al igual que existe un punto de vista biológico, es decir, cambios físicos que tienen consecuencias psicológicas, también es necesario incluir y considerar al adolescente en sus contextos más próximos. Este enfoque contextual remarca que no es posible considerarla de manera independiente (etapa del desarrollo sujeta a una diversidad de problemas predecibles), y que es preciso ubicarla en un contexto social definido. No se puede concebir una parte como algo separado de la totalidad (ni al bailarín independiente de la danza...)].*

Partimos, pues, de la consideración de la adolescencia como una etapa compleja del **ciclo vital familiar**, íntimamente relacionada con los distintos momentos evolutivos de sus miembros. En dicha etapa la familia habrá de resolver cuestiones como la de permitir la **diferenciación** de los hijos (fomentando su progresiva autonomía y definición como individuos particulares) sin dejar de ejercer el control necesario para el desarrollo sano de los mismos. Lo cual, dependerá, en parte, de la propia diferenciación que los progenitores van logrando respecto a sus familias de origen.

[...A diferencia de algunas concepciones tradicionales, donde la adolescencia era una etapa para romper el vínculo padres-hijo, el proceso de formación de la identidad se afianza fomentando la negociación entre las generaciones, inmerso en un proceso de confirmación del respeto mutuo...

Se trata de lograr una gradual renegociación del vínculo padre-hijo, desde la autoridad asimétrica de la niñez temprana y la edad escolar, hacia, potencialmente una reciprocidad en un nivel de pares en la edad adulta...].
(Fishman, 1990).

A lo complejo de la resolución de las “tareas familiares” en este sentido, hemos de añadirle que el adolescente, dadas las características de su momento evolutivo individual, acostumbra a desafiar, con su hacer en familia y en el resto de sus contextos, los roles parentales que hasta el momento se han ejercido. En ocasiones, ésto puede poner al descubierto disfunciones o carencias previas en la función parental, así como incongruencias en el reparto de poder tanto en el contexto familiar como en el educativo.

En definitiva, con la llegada de la adolescencia, la tensión familiar aumenta enormemente y el sistema entra en crisis. Esta crisis, que ha de entenderse como algo positivo al ser una oportunidad para el cambio, puede generar la sensación de “problema”. En ocasiones, esta sensación llega a objetivarse si, fruto del intento de restablecer el equilibrio, el sistema familiar pone en marcha mecanismos no del todo funcionales, que dan lugar a la aparición de síntomas en uno o varios de sus miembros. Cuando esto se produce, la restauración de un equilibrio familiar, en el que los individuos puedan continuar su desarrollo sin desligarse de la familia como grupo socializador, puede precisar un tratamiento de terapia familiar. En este punto, sería la familia al completo la que presenta una “dificultad adolescente”.

EL FRACASO ESCOLAR EN SOCIEDAD

Más allá de las vivencias familiares, es en el entorno social donde se describe y anticipa el futuro de los adolescentes. Los mensajes que recogemos de dicho entorno apuntan a la existencia de una preocupación generalizada al respecto.

Los centros educativos evidencian la existencia de “conductas problema” en los alumnos, que provocan alarma entre el profesorado. Los canales de comunicación social emiten mensajes que se refieren a la violencia en las aulas y al fracaso escolar. Los padres, por su parte, se quejan de “pesadilla generacional”, como si de una especie de exámen de “reválida” paterna se tratase.

Es en este terreno, donde alguna de esas conductas problema, comienzan a cuestionar los distintos sistemas en los que el adolescente interactúa:

Los padres hablan del cambio conductual de sus hijos. Se preguntan por la trascendencia de la educación y por sus logros al respecto, puesto que sus hijos no están cumpliendo las previsiones que sobre ellos se hicieron.

La escuela habla de adecuar su metodología a las necesidades de los futuros adultos. No obstante, muchos de los profesores con los que trabajamos no transmiten la sensación de que ésto no es suficiente.

Los adolescentes hablan... de muchas maneras, en la familia, en la escuela y entre ellos. Su comportamiento en las aulas constituye una de sus múltiples formas de comunicarse.

El fracaso escolar, como constelación de conductas en las que no sólo el adolescente está implicado, se convierte en un problema escolar, familiar y social. Esto es algo que evidenciamos al trabajar con los adolescentes y las familias que llegan a nuestro Servicio por dicho problema. Confirmamos, en cada caso, que el **fracaso escolar es algo más que suspender asignaturas**. Incluye la sensación de estar fallando en un entramado complejo de relaciones entre profesores, alumnos, familia y entorno social.

Ante el problema del fracaso escolar, familia y escuela están “en jaque”. Padres y profesores se declaran, en ocasiones, impotentes. Se sienten sin salida y paralizados en una posición incómoda ante los problemas académicos y de comportamiento que sus hijos y/o alumnos plantean. Pero, ¿qué opinan los adolescentes que, según sus mayores, están fracasando?.

LOS ADOLESCENTES Y EL FRACASO ESCOLAR

Desde nuestra práctica terapéutica, tanto en el encuadre de terapia familiar como en el de terapia de grupo con adolescentes, evidenciamos que los chicos y chicas con los que trabajamos suelen entender que **el problema lo tienen los otros**.

Ellos están inmersos en su visión de la justicia, acusada por el momento vital, y tienden a no respetar a aquellos que “no les tratan con respeto”. Esta es una atribución que se repite, tanto en los chicos y chicas que acuden a nuestro Servicio como en aquellos a los que atendemos en el contexto educativo.

Muchos de éstos adolescentes han sido “etiquetados” por profesores y familias como “difíciles”. En numerosos casos, el problema que se ha identificado es el fracaso escolar, lo cual no siempre coincide con un rendimiento escolar “insuficiente” como principal preocupación de los adultos. Quizás tendríamos que plantearnos **¿de qué hablamos cuando decimos fracaso escolar?**

Normalmente los adultos cuentan que **no obedecen**, que no respetan a las “figuras de autoridad”, ya sean padres o profesores.

Ante esto, los chicos/as a los que atendemos suelen responder “¡es que ellos no me respetan a mí!”, y relatan cómo los adultos son los que “pierden el control”, y les hablan mal a ellos.

La mayoría de estos adolescentes no admite la validez de la autoridad en una relación en la que queden por debajo. De ahí que los conflictos, tanto en los Centros como en los hogares, cumplen a menudo una secuencia **de escalada simétrica** (por el poder): ante un intento de imposición del adulto, el adolescente contesta como si fuera un igual, el adulto aumenta la intensidad y también lo hace el adolescente.

En ocasiones, esta escalada provoca la intervención de terceros, lo cual puede aumentar la sensación de falta de competencia, por parte del adulto. De hecho, las figuras de autoridad suelen sentirse despojadas de la misma.

Muchos padres admiten que, hasta ese momento, nunca vieron la necesidad de poner normas en la casa, “no hacía falta”. Otros cuentan que temían optar por un estilo autoritario, parecido al que ellos vivieron como hijos. Sea cual sea la razón que argumenten, la cuestión es que cuando éstos padres advierten la necesidad de ejercer funciones normativas, se encuentran con la dificultad de

hacerlo, precisamente, en el momento más reivindicativo de la vida de sus hijos.

Una vivencia similar la encontramos entre el profesorado de Educación Secundaria Obligatoria. Algunos profesores nos dicen: “cuando llegan a Secundaria, ya es tarde, se nos han ido de las manos”.

Otra de las quejas de padres y profesores, tiene que ver con la **desmotivación** que advierten en los chicos/as: refieren que no presentan interés por las cosas. Esta opinión contrasta con la percepción de sí mismo del adolescente, que, raramente, se considera desmotivado. La diferencia entre ambas percepciones radica en que lo que el adulto considera susceptible de interés, no acostumbra a coincidir con lo que los chicos de esta edad valoran como tal.

La no obediencia a las normas, el no cumplir con “sus” tareas (marcadas por los adultos, que el adolescente no suele considerar como propias) y la desmotivación por el estudio, a veces acompañada de absentismo, suelen ser consideradas como causas de “fracaso escolar”, o al menos, como correlativos.

Ante estas quejas de padres y profesores, **los adolescentes** con los que trabajamos **responden** que no estudian porque no les gusta o porque no les merece la pena, que si molestan en clase es porque se aburren, si contestan mal es porque los profesores les hablan peor... Muchos dicen llevarse mal con sus padres. Algunos insisten en que ellos no son el único problema que hay en casa.

No obstante, también atendemos a chicos/as que emiten otro tipo de respuesta. Nos referimos a las personas de esta edad con **sentimientos de inadecuación**, de no dar la talla. Aquí, las dificultades, tanto individuales, como familiares y escolares, serán de otra índole.

Los chicos/as que hablan así de sí mismos consideran que **el principal problema son ellos** y no suelen hacer atribuciones externas de su malestar. Al menos, no se rebelan abiertamente en sus familias o con sus profesores.

Como mucho, pueden quejarse de que sus padres son muy exigentes, o de que siempre les comparan con un hermano, “que no valoran los esfuerzos... que nunca es suficiente”. Todo esto nos remite a dinámicas familiares en las que la función normativa, más que deficitaria, está sobredimensionada.

En estos casos, menores en número que los anteriores, al “fracaso escolar” no suelen acompañarle conductas “alborotadoras”, sino más bien retraimiento. Los adultos se quejarán de que “el chico no habla”, “lo ven huraño”, “siempre está en su cuarto”. Puede llegar a estar deprimido, sin presentar psicopatología evidente. También podría ocurrir que, con el tiempo, proyecte la rabia antes volcada hacia su persona y comience a “portarse mal”. De hecho, alguna de las chicas que acuden a nuestros grupos verbaliza “yo antes era tonta, me callaba, en clase se reían de mí. Ahora ya no paso una” .

Por último, estaría **la visión del grupo de iguales**: la pandilla y los compañeros de clase.

Las chicas y chicos que nos son derivados por su comportamiento disruptivo, suelen sentirse integrados en sus grupos. Es frecuente que muchos sean líderes “negativos”, diría un adulto.

De ellos se espera que se comporten como lo hacen, para el deleite de sus compañeros (ya que son figuras identificadas como fuertes en el grupo, que representan la desautorización del adulto) y para la confirmación de padres y profesores acerca de que, efectivamente, son difíciles.

En cuanto al otro perfil de adolescente que nos encontramos, el que se considera “el problema”, es frecuente que narre mayores dificultades de integración. Normalmente su baja autoestima va acompañada de conductas de evitación de ciertas situaciones sociales, lo cual acaba reforzando esa percepción de falta de habilidades que muchos tienen.

CONCLUSIONES

La mayoría de los adolescentes remitidos a nuestro Servicio por fracaso escolar no se sienten fracasados. Están llenos de argumentos, para actuar como lo hacen. Algunos se sienten poderosos, en esa jerarquía disfuncional de la que hablábamos. Su comportamiento produce cambios, muchos centrípetos, y ellos son el centro. Los padres son “forzados” a acercarse, aunque sea desde la riña, y los profesores empiezan a mirar qué hay detrás de un rendimiento escolar “insuficiente”.

No olvidemos que el fracaso escolar es un término acuñado por los adultos y valorado por ellos en función de las expectativas que se crean.

¿Son las expectativas negativas una profecía autocumplidora?

¿Para qué podría servir a estos chicos/as no cumplir las expectativas?

Pensamos que ser “problemático” podría servir para dar la razón a quienes se preocupan por ellos (familia y sistema educativo), que a la vez de preocuparse, se ocupan.

Al final, es la relación y no las notas, la que está en juego.

BIBLIOGRAFIA

Fishman, H. Charles. Tratamiento de adolescentes con problemas. Ed. Paidós, 1990.

Bowen, Murray. De la familia al individuo. Ed. Paidós, 1991.

Perrone, Reynaldo; Nannini Martine. Violencia y abusos sexuales en la familia. Ed. Paidós, 1997.

Watzlawich. Teoría de la comunicación humana. Ed. Herder, Barcelona, 1981.